

ADAM BLADE

AQUA FIERAS



¡CROMOS
COLECCIONABLES
DE REGALO!

DESTINO

CHAKROL
EL MARTILLO DEL OCÉANO

CHAKROL, EL MARTILLO DEL OCÉANO



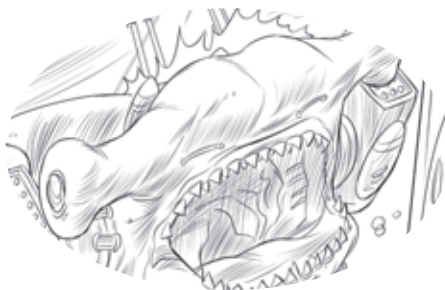
ADAM BLADE

Traducción de Teresa Muñoz

DESTINO

Un agradecimiento especial a Michael Ford

Dedicado a Tana Coulson



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Chakrol. The Ocean Hammer*

© del texto: Beast Quest Limited 2014

© de las ilustraciones de cubierta e interiores: Artful Doodlers, con un agradecimiento especial a Bob y Justin - Orchard Books 2014

© de la traducción: Teresa Muñoz, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: julio de 2019

ISBN: 978-84-08-21101-3

Depósito legal: B. 14.202-2019

Impreso en España – *Printed in Spain*

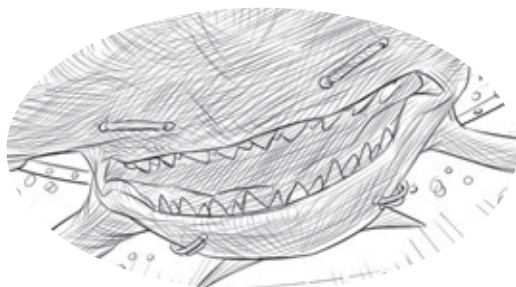
El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO UNO

ATACAN AQUORA



Max salió disparado hacia las profundidades del océano, agarrado con firmeza al manillar de la moto acuática. A pesar del ruido del motor, pudo oír que el auricular del comunicador vibró.

—¡Max! Aquí Callum.

Max buscó el botón de transmitir.

—Estoy aquí, papá. ¿Has encontrado el *Orgullo de Blackheart*?

La última vez que lo había visto, Callum ha-

bía partido con la flota aquorana, persiguiendo a Cora Blackheart y a su banda de piratas.

—Sí, y tal como nos temíamos, se dirige directamente a Aquora —confirmó su padre—. Pero tu tío debe de haber potenciado los motores... ¡no podemos seguirlos!

Max lanzó una mirada a Lia, que avanzaba a su lado montada en su mascota, el pez espada *Spike*. Junto a ella nadaba su amigo el pirata Roger propulsado por sus botas y con los brazos pegados al cuerpo. Habían dejado recientemente la isla de Gustados y ahora se dirigían al hogar de Max. Max, Lia y Roger habían dejado la flota gustadiana atrás y estaban a punto de alcanzar la aquorana.

—Ahora depende de nosotros —le dijo Max a Lia, y apagó su intercomunicador—. ¡Tenemos que llegar a Aquora antes que los piratas!

Lia asintió, su pelo plateado ondulaba en el agua. Le dijo algo a *Spike* usando extraños

sonidos y el pez espada aceleró con un rápido movimiento de la cola. Roger giró un botón que llevaba en la muñeca y desapareció detrás de ella.

—¿Carrera, Max? —ladró *Rivet*.

El chico sonrió.

—Será mejor que te agarres fuerte, *Riv* —dijo.

El perrobot se sujetó con sus patas de metal a la moto y Max aceleró a máxima potencia.

El impulso de la velocidad casi lo tira del asiento, pero se agachó y se pegó a la moto. Se desplazaron por debajo de las sombras de los enormes barcos que tenían encima: las naves de Aquora. El padre de Max estaba a bordo del buque insignia liderando la persecución de Cora.

«Pero la ciudad está indefensa —pensó Max, agarrándose fuerte al manillar—. Y si no llegamos a tiempo, no importará cuántos

barcos tengamos porque Cora Blackheart la invadirá y cogerá la llave para activar el Ojo del Kraken.»

El Ojo del Kraken. Solo el nombre le provocaba escalofríos. Era un arma que estaba a bordo del *Orgullo de Blackheart* y que tenía poder suficiente para destruir islas enteras. Había cuatro llaves que podían activarla, y hasta ahora él y Lia habían conseguido tres, cada una en una ciudad distinta. La cuarta estaba custodiada en Aquora y sabían que Cora no se detendría ante nada para hacerse con ella. Podían haber tenido una oportunidad contra ella, pero contaba con un cómplice: el cruel tío de Max, el Profesor. En el laboratorio de última generación que tenían en el barco habían creado robobestias mortales, híbridos entre robots y criaturas marinas, a partir de ingeniería genética. Estos animales no tenían miedo. Ni pie-

dad. Estaban diseñados exclusivamente para matar.

«Y conociendo a mi tío, tendrá otra preparada para atacar Aquora», pensó Max.

Apenas veía lo que había a su alrededor de tan rápido como iba. Tenía los ojos puestos en la brújula mientras se dirigía directamente hacia la ciudad que él llamaba hogar. No estaba muy lejos...

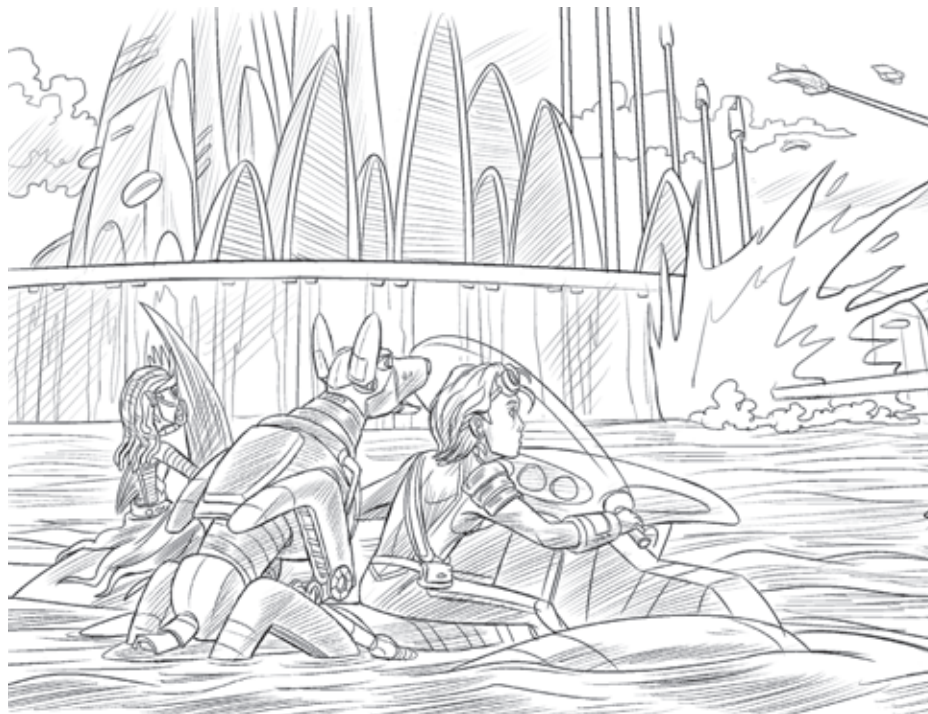
¡PUM!

Soltó el acelerador cuando algo golpeó la superficie del agua y dejó un halo de burbujas. Un escalofrío se apoderó de su corazón cuando vio que se trataba de los restos quemados de un barco de defensa de Aquora. Se hundió lentamente en las profundidades.

«Llegamos demasiado tarde», pensó.

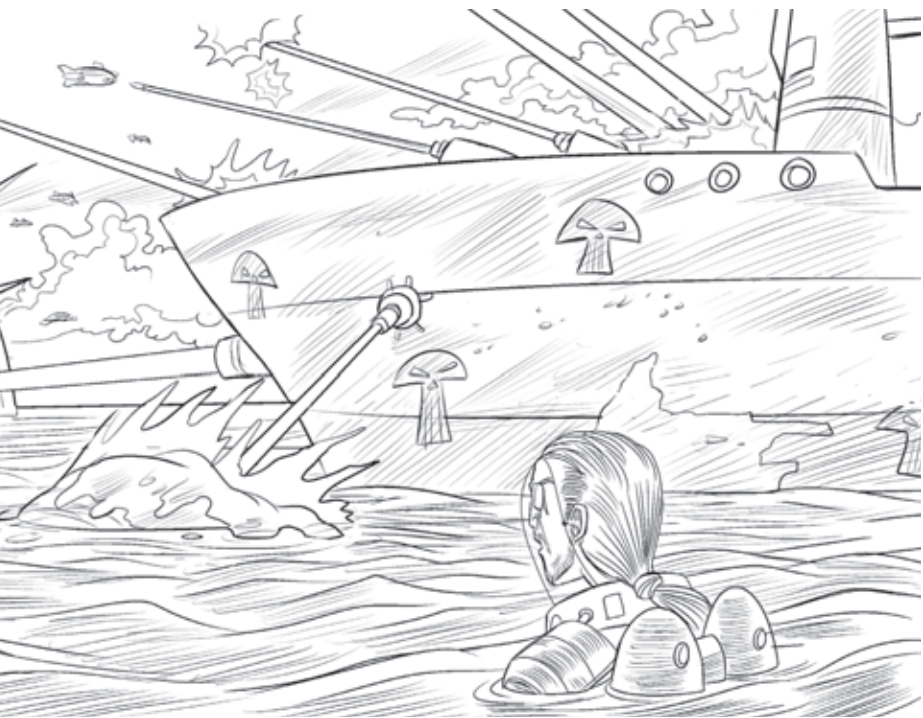
—Vamos a echar un vistazo —propuso Lia, señalando hacia arriba.

Max levantó el morro de la moto y ascen-



dió hacia la superficie. Cuando salieron al aire libre, el primer sonido que oyeron fueron las sirenas de las alarmas de la ciudad. Luego vieron llamas y un bombardeo de misiles que explotaban ante ellos. Hacía semanas que no veía su ciudad, y se horrorizó ante lo que contemplaban sus ojos.

El escudo de defensa se levantó: muros de titanio grueso de tres pisos de altura que rodeaban la isla. Detrás de ellos queda-



ban los resplandecientes rascacielos de Aquora como agujas frágiles que apuntaban al cielo. El *Orgullo de Blackheart*, que flotaba en el muelle exterior, hacía que cualquier otro barco se viera pequeño en comparación con su casco oxidado y agrietado decorado con calaveras negras. El cañón más grande del *Orgullo* estaba disparando hacia un punto de la barrera de titanio. Otros de los laterales de la nave mantenían a raya los

submarinos de Aquora y las cápsulas voladoras.

Max vio que destruía un submarino con una lluvia de metal fundido.

Cuanto antes llegara la flota de su padre, mejor.

—¡Canallas! —exclamó Roger—. A tu tripulación no le está yendo muy bien, ¿verdad?

—Tenemos que subir a bordo del *Orgullo de Blackheart* —dijo Lia cuando emergió detrás de él. Llevaba puesta la máscara anfibia para poder respirar fuera del agua—. Si conseguimos desactivar sus armas, quizá tengamos una oportunidad de vencerlos.

Roger sonrió bajo el visor de su traje de neopreno.

—Buen plan, chica pez —la felicitó—. Una vez lleguemos a bordo podemos encontrar a la madre de Max. —Le guiñó el único ojo que tenía al chico.

—Si es que todavía está allí... —añadió este.

Roger estaba seguro de que Cora tenía a la mujer prisionera, puesto que el Profesor había creado un clon a partir de ella para engañar a Max. Pero el chico no lo tenía tan claro. No quería hacerse ilusiones otra vez para que luego quedaran en nada.

—Ten fe, amigo —dijo Roger.

—Tenemos que acercarnos sigilosamente —cambió de tema Max—. No precipitarnos en nada... Roger, ¡espera!

El pirata ya iba a toda mecha hacia el enorme acorazado.

—¡Se va a matar! —exclamó Lia.

Mientras Roger se acercaba al agrietado barco pirata, hacía señas con la mano.

—¡Aquí, camaradas! ¡Mirad lo que tengo para vosotros!

Por lo menos una docena de cañones apuntaron hacia él.

—Pero ¿qué está haciendo? —dijo Lia.

Roger metió la mano en su capa. Max se preguntó si iba a sacar una pistola. «Si lo hace, va a morir antes de poder apretar el gatillo...»

—Roger no listo —ladró *Rivet*.

Pero no era un arma. Era una de las llaves del Ojo del Kraken. La que les había robado a los gustadianos.

—¡Roger, no! —gritó Max—. ¡Tenemos que detenerlo!

Los cañones del *Orgullo de Blackheart* abrieron fuego con un estruendo ensordecedor. A Roger se le cayó la llave al agua y se hundió mientras las olas explotaban a su alrededor.

—¡Ostras! ¡Ay! ¡Vale ya!

Max se metió con la moto entre las detonaciones, con *Rivet* todavía montado detrás de él. Pudo ver que dos submarinos de ataque piratas se acercaban a Roger y la llave

que se hundía. Uno de ellos giró sus cañones hacia Lia y *Spike*.

—¡Noooooooo! —gritó Max.

¡PLAF!

De repente, una bola de una pasta blanca pasó volando. Arremetió contra el submarino más cercano y le tapó el campo de visión. Casi al momento empezó a hundirse a causa del peso de la extraña sustancia. La segunda embarcación sacó una garra robótica extensible para coger la llave.

¡PLAF!

Otra bola de pasta arremetió contra la garra extensible y el submarino salió disparado dando tumbos.

Max se volvió y sintió que el corazón se le disparaba al ver el acorazado gustadiano. Parecía hecho de plastilina, con rayas de todos los colores del arcoíris. Sus raros cañones echaban humo tras haber lanzado las bolas

de pasta. Max los saludó levantando el dedo pulgar. El ataque de los gustadianos les acababa de proporcionar un tiempo muy valioso.

Rápidamente se hundió y empezó a escudriñar la parte submarina del *Orgullo de Blackheart* para encontrar una entrada. Lia se le acercó nadando con la llave en la mano. Max vio una escotilla ancha que se extendía a lo largo de la mitad del casco. «Qué raro —pensó—. Estoy seguro de que no vi esto la última vez que estuve a bordo de este barco.» La señaló.

—¡Allí! —le indicó a Lia.

—¡Mi plan ha funcionado! —dijo Roger al llegar junto a ellos.

Max puso los ojos en blanco.

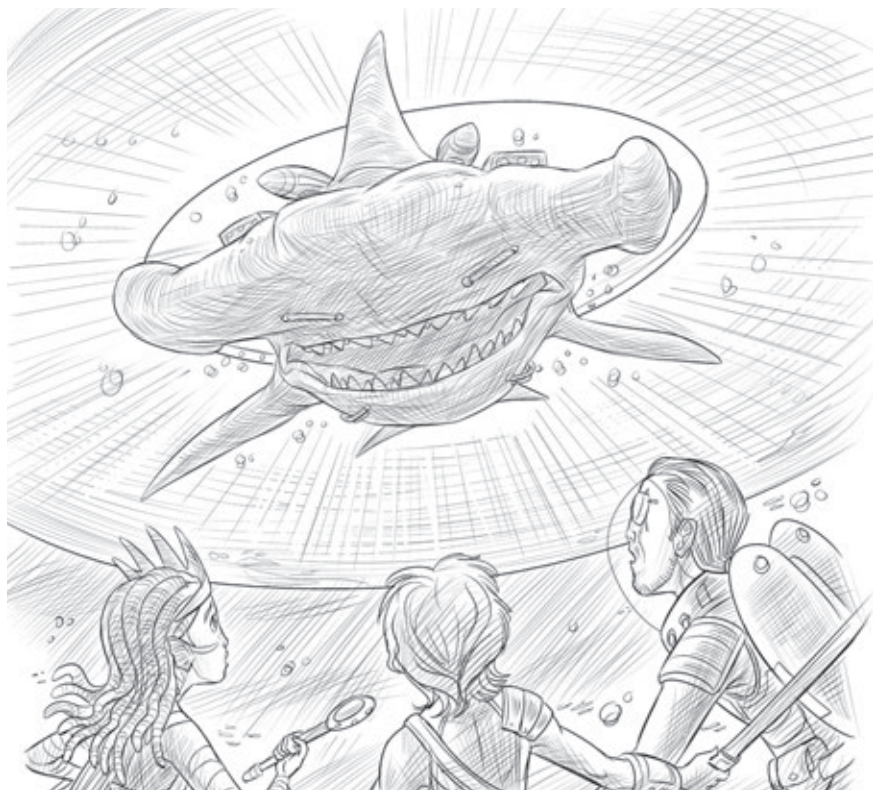
—A ver... ¿de qué plan hablas? ¿Del que casi te convierte en plancton a cañonazos?

—¡Para distraerlos! —explicó Roger.

Max volvió a poner los ojos en blanco y se

bajó de la moto, con la superespada en la mano. Nadó hacia la escotilla con Lia y Roger a su lado. Justo se estaba preguntando cómo iban a entrar cuando se oyó un fuerte chirrido y la puerta se abrió. Se le paró el corazón.

Del otro lado emergió una colosal mole gris y musculosa que se deslizaba por el agua con facilidad. Tenía la cabeza más ancha que



el cuerpo, ojos como bulbos a cada lado y una enorme y ancha boca. «¡Un tiburón martillo!» Los añadidos del Profesor eran más que evidentes: tenía la espalda recubierta por una plancha de metal pulido que hacía que pareciera un acorazado de Aquora. Los ojos de la robobestia eran vidriosos y negros. Cuando abrió la boca y se le vieron las filas de dientes puntiagudos y afilados, Max entró en pánico. Sintió que su superespada era en ese momento tan útil como un palillo.

«Tenemos que salir de aquí», pensó Max. Pero antes de que pudiera empezar a planear cómo hacerlo, dos cañones emergieron de los laterales de la robobestia.

Se giraron para apuntar a Max.